

Concurso Literario

2021

· Cuento y ensayo ·



Organiza

Comité cultural
Facultad de Medicina



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Medicina

Concurso
Literario 2021

• Cuento y ensayo •

Facultad de Medicina
Universidad de Antioquia

© Facultad de Medicina Universidad de Antioquia
ISSN: 2346-0210
Concurso Literario Facultad de Medicina 2021
Cuentos y ensayos ganadores y menciones

Coordinación del Concurso: Yésika María López Ramírez
Coordinación editorial: Felipe Restrepo David
Decano: Carlos Alberto Palacio Acosta
Vicedecano: Luis Miguel Acevedo
Organiza: Comité Cultural de la Facultad de Medicina
Juan David Castro Quintero
Jefe Oficina de Comunicaciones
Yuri Viviana Cano Sánchez
Coordinadora Bienestar y Cultura
María Aracélly Orozco Ruiz
Coordinadora Biblioteca Médica
YésiKa María López Ramírez
Gestora Cultural

Diseño de la cubierta: Yeimy Valencia – Larry Morales
Diagramación: Imprenta Universidad de Antioquia
Primera edición: Octubre de 2022

Hecho en Colombia / Made in Colombia
Prohibida la reproducción sin autorización de la Facultad de Medicina
de la Universidad de Antioquia

Oficina de Comunicaciones de la Facultad de Medicina
Teléfono: (57) 604 219 60 49
Dirección electrónica: comunicacionesmedicina@udea.edu.co
Dirección postal: Carrera 51D N.º 62-29 Medellín, Antioquia

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no
compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia.

Contenido

Acta del Jurado	7
Presentación	
Felipe Restrepo David	11
CUENTO	13
Primer puesto	
Pájaros	
Sebastián Rivera Isaza.....	15
Segundo puesto	
La Bella	
Diego Alejandro Arias Álzate.....	23
Primera mención	
Extraños a medianoche	
María Fernando Meza Pacheco	33
Segunda mención	
Costumbres	
Karla Juliana Villamizar Camargo.....	39

ENSAYO	45
Primer puesto	
Diálogos con la saga Karen Jaramillo Osorio	47
Segundo puesto	
Dimensiones sexuales Sebastián Pulgarín Fernández	51
Autores	59
Participantes	63

Acta del Jurado

CONCURSO LITERARIO -FACULTAD DE MEDICINA- CUENTO Y ENSAYO 2021

ACTA DE PREMIACIÓN

A los 26 días del mes de noviembre de 2021 se reunieron los miembros del jurado del Concurso Literario Facultad de Medicina 2021 -Universidad de Antioquia-, Modalidad Cuento: Luis Felipe Gómez y Diego Espíndola, Modalidad Ensayo: Germán Sierra y Carlos Estrada, para deliberar sobre los ganadores y posibles menciones. Después de considerar y discutir sobre los aciertos, calidades, temáticas, riesgos, poéticas, originalidades y estilos de los 14 cuentos y 4 ensayos presentados, los jurados decidieron premiar por unanimidad los siguientes textos:

MODALIDAD CUENTO

Primer Premio: “Pájaros”, firmado con el seudónimo “Veritatis”, correspondiente a Sebastián Rivera Isaza, C.C. 1036661424. Pájaros es un cuento que atrapa al lector quien espera mientras lo lee, un desenlace trágico y violento. Es bien llevado desde la narrativa y, donde el autor recrea una historia inocente con visos de cotidianidad inconsciente en la ruralidad de nuestro país. La metáfora dolorosa de victoria en la muerte hace del cuento una vivencia dolorosa pero también llena de amor y sublimación.

Segundo Premio: “La Bella”, firmado con el seudónimo “Durante”, correspondiente a Diego Alejandro Arias Álzate, C.C. 1098307940. El cuento La Bella resalta por ser una composición costumbrista que esboza en unas cuantas páginas, la realidad de una familia antioqueña en el transcurso del siglo xx; con un estilo particular enuncia las peripecias de un protagonista en busca de nuevos horizontes, y que tras la fascinación por la maquinaria de la locomotora encuentra el destino aciago, lamento de lo que fue alegría, y colofón de los recuerdos que esculpen los infortunados desenlaces que entrelazan la vida de los demás personajes de esta historia.

Menciones: se otorgan dos. “Extraños a medianoche”, firmado con el seudónimo “Ariam”, correspondiente a María Fernanda Meza Pacheco, C.C. 1067956586. “Costumbres”, firmado con el seudónimo de “Ágora”, correspondiente a Karla Yuliana Villamizar Camargo, C.C. 1193512212.

MODALIDAD ENSAYO

Primer Premio: “Diálogos con la sogá”, firmado con el seudónimo “Scherzazada”, correspondiente a Karen Jaramillo Osorio, C.C. 1020443564. Es un ensayo que en el corto espacio de tres

páginas y un poco más logra discurrir sobre el suicidio como una forma, temprana casi siempre, lamentable de la muerte. Se asoma tenuemente por varias culturas que conciben la muerte de manera distinta y logra, también mediante un brochazo muy breve, implicar la pintura como un medio que se ha ocupado del tema. La sogá, medio fatal en este caso, también es tratado en su papel lúdico y deportivo. El jurado cree que el autor o autora de este ensayo, que en sí mismo califica de magnífico, queda debiendo un tratamiento, con los elementos esbozados, más amplio y diverso de esa forma de la muerte y de la sogá en su plurisignificación.

Segundo Premio: “Dimensiones sexuales”, firmado con el seudónimo “Eros”, correspondiente a Sebastián Pulgarín Fernández, C.C.1214731706. El autor o autora de este ensayo toca un aspecto crucial en la sociedad actual, que es la sexualidad. Se vale de un caso o ejemplo: Adriana es una mujer trasmutada en Roberto, y ella vive clandestinamente su sexualidad, aunque ama a sus dos hijas y a su mujer. El texto, entonces, nos conduce por una breve historia del comportamiento sexual en la naturaleza, para comprobar que ella no tiene distingos y que es la cultura, nuestra cultura, la que pone talanqueras y prejuicios morales a nuestra sexualidad. El título, “Dimensiones sexuales”, se refiere a eso y el ensayo, desde una óptica de lo natural, le da el visto bueno a una sexualidad no convencional.

El jurado celebra la continuidad del Concurso como una iniciativa que promueve y estimula la creación literaria en una Facultad que cada vez más es llamada a unirse a una reflexión humanística y artística por el papel esencial de las ciencias y los oficios de la Salud en Colombia y el mundo.

Y hace el jurado, igualmente, un fraternal llamado a los participantes en general a guardar las buenas maneras de escribir bien, de redactar bien, en lo posible, sus ideas. No decir, por ejemplo, “haiga”, en vez de “haya”; no reemplazar por números lo que debe

ir en letras (“un día”, no “1 día”), poner las tildes adecuadamente y remirar lo escrito: el Word del computador (aunque es bastante útil) es confiable solo parcialmente.

Para constancia se firma este documento el día 26 de noviembre de 2021.

Jurados modalidad cuento,



Luis Felipe Gómez
C.C. 71606486



Diego Espíndola Fernández
C.C. 1017199178

Jurados modalidad ensayo,



Luis Germán Sierra Jaramillo
C.C. 8396036



Carlos Alberto Estrada Gómez
C.C. 10093030

Presentación

Los dos cuentos ganadores, y los otros dos que recibieron menciones por parte del jurado, son historias dolorosas, desgarradoras, y, sobre todo, muy humanas (en la compleja evocación que esta palabra tiene para cada uno). En algunas historias, la esperanza pervive como conservación de la vida, como un nuevo y confuso comienzo, o como un estado en el que ni siquiera se sabe cómo continuar después de haberlo perdido todo; a veces, es la muerte la mano consoladora la que llega para culminar caminos de sufrimiento. Los lectores se encontrarán con cuentos sobre la realidad del país y su violencia, o con cierta recreación histórica del ferrocarril de Antioquia y los anhelos por una vida en él. También con miradas duras y emociones contrastantes puestas en la vida animal; o mundos de trascendencia y fantasía, cuando ya los cuerpos no son más, sino tan solo eso que llamamos “alma”.

Los dos ensayos premiados son intensas reflexiones por dos temas que nos constituyen y que, cómo negarlo, cada vez más están presentes en nuestra cotidianidad: el suicidio y la sexualidad. Temas que son ellos mismos límite, poder y misterio. Las ideas que oscilan en ambos ensayos nacen de inteligentes especulaciones narrativas, poéticas e intelectuales. En estos textos hay lectura y reflexión pero,

con mucho, hay madurez vital por una actitud que ve de frente la realidad. Para decirlo de otra manera, estos ensayos no nacen de la tranquila contemplación en el escritorio, en la biblioteca, en el diálogo pasivo con otros autores; por el contrario, son escritos y vividos en el afuera, en la calle, en el tumulto o en la soledad. Por eso su sustrato es la idea madurada en el cuerpo.

Ha sido una decisión editorial preservar los estilos de escritura tanto como se pueda, cuidar la voz de cada autor y autora: solo corregir y pulir fallas ortográficas y de digitación, o aclarar alguna imprecisión o notoria ambigüedad gramatical. Por lo demás, repito, los cuentos y ensayos se entregan a cada lector en su completa transparencia; es decir, cada uno podrá percibir los giros, la respiración, los ritmos y las decisiones literarias de los autores ganadores y reconocidos en esta versión del concurso; y dialogar con esas decisiones; acercarse, o alejarse, a la escritura de los textos. Y, también, por supuesto, jugar a dar otro orden a la jerarquía escogida por los jurados: cada lector es un juez. La publicación es el inicio del relato: la continuación, y su paso más importante, está en la lectura.

Felipe Restrepo David
Editor

Cuento

Primer puesto

Pájaros

Sebastián Rivera Isaza

—¿Por qué vuelan los pájaros, mamá?—, preguntó Ícaro a su madre mientras ella despulpaba café a punta de piedra en el portal de una choza, que si protegía de los vientos no lo hacía de las aguas.

La familia de Ícaro era gente sencilla, por no decir miserable que ya en nuestro lenguaje pareciera ser lo mismo. El nombre del niño lo pescó su padre de un programa de radio ya hacía unos diez años cuando la gravidez del vientre de su esposa no les impedía seguir cargando agua para regar cafetales; “todos los pobres tienen nombres bíblicos, se lo digo yo que me llamo José y solo soy dueño de lo que traigo puesto. Espere y verá que ese niño va a llegar bien alto”, decía el poco agraciado campesino para convencer a su esposa de que un nombre, del cual él no tenía idea de que fuera griego y de otra mitología, era mejor que Mateo o Jesús.

La madre, Elena (por supuesto) apenas sí sabía firmar, pero conocía como ninguna otra la ciencia de mantener vivo un fuego y de prevenirse de la lluvia con el cambio de los aires y el color sutil de

las nubes, ni el metereólogo más experimentado podría atinar la sobrevenida de las lluvias con tan pocas pistas como bien lo hacía esta mujer.

El padre, por otro lado, era un hombre grande y fibroso, el tiempo bajo el sol ya hacía mucho le había borrado cualquier aire de juventud propio de su verdadera edad, sabía contar y hacer “maromas” con los números, pues de esta habilidad se valía para no ser embaucado en los jornales.

—Porque mi dios les regaló alas, mijo—, le respondió la madre al niño con desdén y cansancio, no por la pregunta sino por la tarea inacabada.

Ícaro, un niño despierto y sobre todo terco, encontraba en respuestas tan cortas más inquietudes que certezas, pues claramente eran las alas lo que usaban aquellos animales para emprender el vuelo, pero ¿qué era lo que hacían estas para que tal milagro se lograra?

Estaba por disparar nuevamente la pregunta, siendo más específico, cuando vieron subir por la escarpada a José, el padre de Ícaro; venía con prisa en los músculos y con miedo en la cara. Una vez llegó al portal, sin mediar palabra le hizo una seña, aparentemente ya aprendida, a su mujer, y ella con premura tomó al niño del brazo y los tres se encerraron en los cuatro muros de tapia y madera como si eso realmente, a pesar de no contener el agua por encima de sus cabezas, sí pudiese contener la lluvia de plomo que venía monte abajo.

El niño, a pesar de su curiosidad insaciable nunca quiso cuestionar a sus padres por el ritual de cerrar las entradas y meterse debajo de la cama, ya que el rostro pálido de su padre, a quien consideraba el hombre más fuerte de la tierra, le insinuaba que había cosas que era mejor no preguntar. Cada tanto debían resguardarse de un terror invisible para Ícaro que nunca había visto el origen de los fuertes ruidos que retumbaban en los muros de tapia, su madre aguantando el llanto lo abrazaba bajo la cama y su padre en silencio rogaba a

un dios igual de invisible para el niño, con la diferencia de que a este nunca lo había escuchado.

Cuando ya habían pasado un par de horas desde que la última trazadora hizo silbar el viento frío de la noche, la familia abandonó el improvisado búnker y ambos padres le dijeron al niño que se quedara sentado mientras ellos iban a entrar el café que su madre había estado despulpando. El niño, como buen curioso, claramente era rebelde y recostó su oído sobre la madera roñosa de la puerta, desde ahí pudo identificar el llanto de Elena y la voz de José diciendo que si se apretaban unos meses más, según sus cuentas, podían ajustar para la flota y de pronto para un mes de arriendo en alguna otra parte.

Toda esa conversación por el tono de voz de la pareja dejaba claro que era de esas pocas cosas que había de dejar bajo el velo de la duda, sumándose así al origen del ritual bajo la cama y la extraña prohibición tan certera y tan constante de caminar por los potreros baldíos que quedaban detrás de la cabaña.

—Que no se te ocurra, Ícaro, meterte por allá porque te ganás la pela de tu vida—, le decía la abnegada madre a su hijo cuando miraba con curiosidad los terrenos prohibidos.

Durante las lunas siguientes, Ícaro, a pesar de las tareas que le encomendaban en su casa, aún tenía tiempo suficiente para obsesionarse con cosas de su entorno, pero nada atraía tanto su atención como ver las danzas de las aves en el alto cielo; el niño podía dedicar tardes enteras viendo a los pájaros rapiñeros, muy comunes por aquella época, haciendo círculos por debajo de las nubes; los miraba con envidia, con un deseo tan profundo de imitar su vuelo que cuando su mamá le enseñaba a orarle al dios invisible, él en sus peticiones rogaba por ser un pájaro o de alguna otra manera llegar a rasguñar el azul del firmamento como los gallinazos parecían hacerlo. Pero no hubo día que más encarnizara la obsesión de Ícaro como el día que

su madre, viendo un cielo hermoso y despejado con un sol brillante en lo alto, aseveró con una mirada melancólica que pronto llegaría una tormenta. Elena ordenó esa tarde al niño guarecer la ropa extendida y cerciorarse de que los pollos quedaran bien asegurados.

Cuando el sol empezó a guardarse tras la montaña, Elena al notar que su marido no llegaba salió al portal y por la colina de enfrente pudo ver los brazaletes rojos descendiendo enfilados; la tempestad en los ojos de la mujer ya había comenzado.

Ícaro y su madre aseguraron la casa y mientras se escabullían debajo de la cama el niño no se tragó su pregunta:

—¿Y mi papá?

—Seguro alcanzó a guardarse en otra parte—, respondió Elena incrédula de sus propias palabras y haciendo una seña de silencio para que el niño se callara.

El ruido habitual invadió el ambiente, sin embargo, tras una hora de escándalo, un sonido más poderoso y cercano opacó a los más distantes; era ensordecedor y hacía crujir toda la casa. Ícaro se quedó prendado de aquel estruendo, pues aunque sonaba similar a lo de siempre no parecía provenir de la misma fuente, era más continuo, más grave y abarcaba tantas direcciones que parecía llegar del cielo.

El niño, después de mucho batallar consigo mismo, no pudo aguantar más la pulsión humana más sincera; la curiosidad le había ganado a su costumbre del ritual bajo la cama: de un solo movimiento el niño se levantó del piso y sin alcanzar a ser detenido por su madre salió al portal; los gritos de Elena eran enmudecidos por el origen del ruido celestial, Ícaro alzó la vista y vio cómo el cielo fue cruzado por lo que parecía, en las pocas referencias que tenía, un pájaro parecido a camión gigante, con una gran cola, pero extrañamente no tenía alas sino unas aspas como de ventilador que parecían ser el origen del intrigante rugido.

Elena se paró de prisa y antes de poder volver a guarecerse con el niño dentro de la choza, ambos presenciaron cómo el helicóptero, como si lo reconociera la mujer, bombardeaba la ladera vecina, la de enfrente de la casa.

El fuego fue testigo del asombro en los ojos de ambos seres inmóviles en aquel umbral, una palidez de motivación muy diferente, pues mientras Elena estaba conteniendo su terror y pena, la mirada de Ícaro era de admiración y de una profunda necesidad de saber todo acerca de aquella bestia que parecía desafiar a los pájaros en habilidad y claramente superarlos en poder.

Tal como lo esperaba Elena, pasaron días angustiosos y José no apareció, la figura de su esposo no volvió a subir la escarpada. La mujer, acostumbrada a no dar respuestas muy francas a su hijo, no tenía idea qué palabras usar para relatar lo que ella infería que había sucedido. Ícaro por su parte dividía sus pensamientos diarios entre aquella fiera voladora que surcó los cielos e hizo estallar los matorrales de enfrente de la ladera en que vivía y la ausencia inexplicada de su padre, sin embargo, solo cuando escuchó la conversación de su madre con una vecina pudo relacionar ambos sucesos, pues entre llantos escuchó a Elena decir “¡se lo llevaron!” y de la fantasía infantil solo pudo surgir una conclusión posible: aquel pájaro macizo, esa suerte de camión con aspas había raptado a su padre tal como en muchas ocasiones vio a gavilanes descender de su vuelo para secuestrar polluelos.

Qué gran daño hizo la espera de Elena para explicar a su hijo lo sucedido, ya que en las semanas venideras la madre solo lograba decir que había que esperar si aparecían noticias de José mientras el niño, sin que la mujer lo supiera, guardaba el secreto de su nueva sabiduría y disfrutaba entre dientes conocer una verdad que su mamá se esmeraba en esconderle, pero lo más grave del asunto era el plan que en el silencio de Ícaro se gestaba.

Una tarde lluviosa, cuando nuevamente la orden de Elena fue cerrar las puertas y asegurarse bajo la cama, el niño desplegó su plan: en un descuido de la mujer emprendió la huida y entre los gritos desgarrados de su madre Ícaro se escurrió hasta llegar a un escondite hecho de telas viejas y leña que había preparado previamente detrás de la cabaña, allí escondido ignoró los llantos de quien lo buscaba con desespero y aguardó hasta que el colosal pájaro apareciera entre los cielos.

Por un largo momento solo podía escuchar el fuerte golpeteo de la lluvia y el silbido del viento al ser atravesado por luces delgadas que parecían estallar cuando iniciaban su camino, ciertamente la mirada curiosa del niño se detuvo en aquel fenómeno, ya que después de varios años seguía sin entender el peligro que se desprendía de lo que a su parecer, siendo la primera vez que lo tenía ante sus ojos, no eran más que simples luciérnagas moviéndose a gran velocidad:

—¿Qué peligro podría esconder ser alcanzado por un insecto inofensivo?—, se cuestionaba Ícaro en silencio.

Estaba el niño en esta meditación cuando sus oídos le hicieron desprender la atención de cualquier otra cosa, el sonido ensordecedor que antecedió la aparición del captor de su padre ya se levantaba en el aire nuevamente, la imponente figura se acercaba desde el frente de la casa, en la oscuridad el niño pudo distinguir los dos grandes ojos de la bestia y reconoció las patas recogidas en su vientre; si lograba llamar su atención, lo más probable es que tal como un polluelo fuese levantado del suelo y llevado a una especie de nido, donde seguramente encontraría pistas de su padre.

Surcó así el cielo el helicóptero y pasó por encima de la choza, rompiendo las densas estelas de la tormenta; Ícaro salió de su escondite y quedó expuesto a la vista de su madre que aún no dejaba de buscarlo entre los rincones oscuros del antejardín, la mirada impávida de la mujer vio resplandecer la sonrisa del niño cuando echó a correr

tras el aparato justo hacia los porteros de detrás de la cabaña. La mujer emprendió carrera para seguirle y gritaba, como si se le fuese a partir el alma, el nombre de su hijo, implorándole más a dios que al infante que diera la vuelta y regresara, pero el niño, absorto en sus pensamientos no encontraba fallas en su razonamiento, en breve estaría sobrevolando el campo, viendo la creación desde la perspectiva de un ave de rapiña y con su brillantez hallaría la forma de rescatar a su padre y desde entonces, tanto él como su madre, no dudarían nuevamente en confiarle cualquier información y respuesta al ver lo sabio y maduro que había alcanzado ser.

Fue en medio de esta divagación cuando el chasquido de la tierra que pisó Ícaro le distrajo y al siguiente instante, al haber levantado el pie para seguir corriendo, el sonido del ave de alas se hizo sordo y lejano en comparación con la detonación de la mina que elevó el cuerpo del niño y estrujó el corazón de Elena.

Ícaro ascendió unos diez metros, claramente era más liviano que un soldado. Sin entender ninguna de las sensaciones que percibía se concentró en la altura que alcanzó, vio en cámara lenta el paisaje del campo que lo vio nacer, vio a lo lejos cómo las luciérnagas seguían volando violentamente, vio a su madre caer de rodillas al piso encharcado en un lamento inaudible, vio una bandada de gallinazos dando vueltas en círculos decenas de metros por encima de su cuerpo y vio alejándose al objeto de su obsesión sin hacer ruido alguno y en un momento, sin haber empezado a caer, advirtiendo que se hallaba a la misma altura que la quimera volante, supo Ícaro que a partir de ese momento, después de probar brevemente la perspectiva privilegiada de los pájaros, sus pies nunca más volverían a tocar el piso.

[Seudónimo: Veritatis]

Segundo puesto

La Bella

Diego Alejandro Arias Álzate

Darío no escuchó el despertador, pero sí los pasos de su hermana Delia que caminaba en puntillas por la sala de la casa. Sabía lo que ella tramaba, en la noche anterior le había contado todo su plan y lo ejecutó a la perfección. Ella se escabulló cuando su padre dormía, tomó el único reloj que había en la sala y lo adelantó una hora y media. Luego se acostó y esperó pacientemente a que sonara, se levantó, se puso un camisón blanco y largo que le llegaba hasta los tobillos, se calzó sus chancas remendadas con cáñamo, después fue a la cocina, prendió el fogón de leña, molió el maíz, hirvió el agua y se puso a asar las arepas. Ella estaba cansada de que su padre, cada domingo, prendiera ese maldito radio de pilas a todo volumen en una emisora AM mal sintonizada, era su único día en el que no tenía que ocuparse del oficio de la casa, tenía la posibilidad de dormir hasta las ocho de la mañana; pero no podía hacerlo, eso le molestaba inmensamente.

Darío se puso de pie, se vistió con la misma ropa del día anterior que aún estaba sucia y algo húmeda. En un pequeño taburete azul

en el exterior de la casa, se sentó a sacarle filo a su machete; mientras que Delia en la cocina, terminaba de empacar el chocolate en frascos de vidrio. A pesar del humo que salía del fogón de leña e inundaba toda la casa, la peste del tabaco era evidente, una señal indiscutible de que su padre acababa de levantarse. Con un cigarro encendido en su boca, un sombrero sucio y mal puesto, su rostro curtido por el sol, carente de carne y sus ojos hundidos, parecía más a una parca. “Está oscuro como boca de lobo”, dijo el señor Miguel mientras miraba el negro cielo. “No se le haga raro, papá, porque ya estamos en invierno”, dijo Delia mientras intentaba disimular el nerviosismo. “Tráigame el caballo, Darío, que nos vamos ya”. Miguel tomó con sus manos ásperas y machadas los costales, envainó su machete y se marchó sin despedirse; mientras Delia, procurando que su papá no se diera cuenta, alcanzó a su hermano. “Darío perdóneme por hacerlo levantar a esta hora”, lo abrazó y regresó a la cocina.

Subieron poco a poco la montaña, Miguel al lomo de caballo, con su inseparable cigarrillo en la boca; Darío, siguiendo los pasos del animal cargando los dos costales y las herramientas. Al subir a la cima, Miguel descendió de su caballo, lo ató a un árbol de guayaba y miró la oscura noche. “Delia cree que yo soy un pendejo, vea, ni siquiera ha amanecido, esta malparida nos hizo levantar más temprano”. Él sacó otro cigarrillo del paquete y lo encendió. “Aún está muy oscuro para ver los granos de café, acostémonos un rato hasta que salga el sol”, dijo Miguel mientras extendía el costal encima de la mojada hierva. Darío miró a su papá, era sorprendente la habilidad que tenía, siempre se preguntó cómo era capaz de dormir con un cigarrillo en la boca, incluso fumaba y sacaba el humo de sus pulmones con cada ronquido. Darío recostó su cabeza entre los tarros de chocolate aún tibios y miró el río Nus, el reflejo de la luna se podía ver en esa serpiente de agua que cruzaba las montañas, y un taco en su garganta hizo que tuviera que tragar saliva con fuerza, se sentía solo, y en el lugar equivocado, quería conocer el mundo más allá de lo que podía ver. En ese momento, atravesando las elevaciones de tierra, se dejó

ver majestuosamente una locomotora, pudo ver el humo que salía de su chimenea y escuchar ese roce metálico a la distancia. No era la primera vez que la veía, sabía que se dirigía a puerto Berrío proveniente de Medellín; pero siempre generaba en él una sensación de admiración. Esa misma tarde, luego de que los hombres regresaran de coger café, Miguel se envolvió la mitad de la correa en su mano, dejando la hebilla suelta, con esa fue la que rompió la piel de las piernas de Delia, quedó tan adolorida que su mamá, a pesar de sus enormes várices que le causaban un dolor insoportable cuando permanecía mucho tiempo de pie, tuvo que reemplazarla en los oficios de la casa. El viejo era persuasivo e hizo que ella confesara su plan de venganza en contra de él, nunca más le volvió a dirigir la palabra.

Delia recibía la visita de su novio cada viernes en la noche, ahí en la sala de la casa, con las miradas incómodas de todos, mientras dejaban una olla llena de café sobre la mesa para que pudieran pasar los silencios incómodos. No pasó mucho tiempo hasta que la propuesta de matrimonio vino, la madre de Delia lloró de alegría, y Miguel solo dijo: “Ahí le dejo a mi hija para ver si usted si es capaz de convertirla en una buena mujer”. La alegría del momento se convirtió en un sombrío silencio, nadie pudo pronunciar ni una sola palabra más, incluso el protocolo de la despedida fue realizado con un simple movimiento de cabeza y una mirada evasiva.

“Papá me voy a ir con el hijo de Alfredo a trabajar arreglando vías en el ferrocarril de Antioquia”, dijo una noche Darío mientras su madre servía la comida. “Usted que se va a ir hacer allá si ni siquiera sabe coger un azadón”, respondió Miguel. “Me voy en una semana a trabajar, ya tenemos todo arreglado”. “Si usted se va, espero que le vaya bien, no espere que si al mes regresa a esta casa va a tener las puertas abiertas, se va y espero que no regrese”, Miguel se levantó, encendió un cigarrillo dejando la comida a medio probar.

Martha nunca había llorado tanto como ese día al ver partir a su hijo, le empacó cinco arepas, un plátano asado y un trozo de carne

para su viaje. Miguel estaba arreglando la comida de su caballo cuando Darío se acercó a él. “Papá ya me voy a ir”, dijo mientras el viejo seguía picando caña con un machete simulando no haberlo escuchado. Darío dio media vuelta, el viento movía las hojas de los árboles alrededor de la casa produciendo un sonoro silbido, en ese momento, le pareció escuchar un sollozo y las palabras: “Que le vaya bien mijo”. Estuvo tentado en dar media vuelta para comprobar que esos ruidos venían de su padre, pero sintió un enorme terror comprobar que lo había imaginado todo, así que prefirió llevarse la hermosa duda, que la cruel certeza.

Darío emprendió su viaje con su amigo Camilo, primero llegaron a lo alto de la montaña desde donde se podía ver el río Nus, ambos agarraron dos varas que cortaron de un árbol para poder espantar a los perros bravos que salían de las fincas vecinas en su camino, tardaron cuatro horas en bajarla. Al lado del río ambos jugaron el barro de sus botas, ropa y cara. continuaron su travesía hasta la estación Guacharacas donde abordarían una locomotora que los llevaría hasta Puerto Berrío. Allí, su nuevo jefe los esperaba para explicarles su nuevo trabajo. Darío quedó impresionado cuando arribó la imponente locomotora, ese chasquido metálico, constante y armónico era una melodía nueva para él, el humo inundó la estación dejando ese pesado vapor en el aire, de inmediato un silbato anunciaba la salida de aquel monstruo y las personas corrían presurosas para abordar aquella colosal máquina, Darío estaba tan sorprendido de que Camilo tuvo que ayudarlo a subir empujándolo desde la espalda.

Al llegar a Puerto Berrío, un hombre bajito y calvo esperaba a Darío y a su amigo, sin ninguna clase de protocolo de bienvenida los llevó hasta un pequeño cuarto, les indicó el valor del alquiler que sería cobrado de su sueldo y de forma breve les explicó que su trabajo consistía en recorrer las vías para, a punta de pala, pico y machete, despejarlas de cualquier obstáculo, y se marchó sin dar mayores ex-

plicaciones. Darío escogió el catre más alto, se subió allí, acomodó la poca ropa que trajo y recostó su cuerpo en aquel duro y sucio colchón, sintió nostalgia, era la primera vez que dormía fuera de casa, cerró sus ojos y el cansancio lo sumió en un profundo sueño.

El trabajo era duro, iniciaban cuando salía el sol y terminaban cuando se ocultaba, el cansancio era insoportable, los dolores y la fiebre hacían que dormir fuera toda una odisea; pero Darío sentía que había hallado ese lugar que siempre buscó, era el primero en levantarse y el último en guardar su pico. Siempre mantenía una enorme sonrisa en su rostro, todos odiaban el trabajo; pero él lo disfrutaba realmente. No todos lo soportaron, Camilo duró solo dos meses en aquel infierno, un día Darío lo encontró llorando mientras empacaba su ropa, le dijo que no servía para eso, que prefería regresar a casa para seguir cogiendo café y sembrar caña. Lo abrazó y le preguntó si quería escribirle una carta a su familia, él se la podría entregar. Darío corrió hasta una mesa, sacó un papel y un lápiz y empezó a escribirla; pero de repente se detuvo, dobló la hoja y se la metió al bolsillo de su chaqueta. “Creo que otro día les escribiré, salúdame a tu papá y cuando veas a mi mamá y a mi hermana díles que las amo y que estoy bien”, abrazó a su amigo y lo acompañó hasta la estación donde lo dejó partir en uno de los trenes de medio día.

Los meses siguientes Darío trabajó con mucho entusiasmo, y se ganó el prestigio como uno de los mejores trabajadores del ferrocarril, tanto que un día su jefe lo llamó y le dijo: “Están buscando a un ayudante de maquinista, necesitan a un pelao pilas como usted, así que lo recomendé, vaya busque sus cosas que lo voy a llevar a que conozca a su nuevo jefe”. Darío estaba ansioso, ganaría más plata y podría estar en la cabina de una locomotora, caminó con las piernas temblando hasta la estación donde lo esperaba un viejo canoso, con larga barba y un extraño acento. “Hola muchacho, me llamo Gerónimo, y esta es la locomotora 38, yo la llamo *La Bella*”. Darío

subió a la gran bestia ayudado de aquel anciano, de inmediato ese hedor a cigarrillo le hizo recordar a su papá; pero la forma en la que hablaba, esa calidez que resaltaba su voz y el acento italiano lo devolvían de esos recuerdos.

Su nuevo trabajo no era tan duro, se ocupaba de hacer todo lo que su jefe le ordenara, debía verificar que la locomotora estuviera lista para salir, que los trenes estuvieran debidamente enganchados, de anunciar la salida, echar el carbón a la caldera y cuanto más se le ocurriera al viejo. Ambos formaron una amistad de inmediato, tanto que en una tarde el viejo le contó sobre su vida, su infancia en Cabbia, un pequeño pueblo de la provincia de L'Aquila en Italia, sobre su juventud, su formación como maquinista y luego su viaje vacacional a Colombia donde se enamoró de una hermosa mujer y dejó el país que lo vio nacer para adoptar al país que lo vio soñar. Darío también le contó brevemente sobre su origen, su madre y hermana, sus tías, el caballo y su trabajo en el campo; pero prefirió no mencionar a su padre, Gerónimo tampoco quiso preguntar por él.

El paso por cada estación era un mundo diferente para Darío, aunque su labor era demandante y no le permitía estar mucho tiempo allí, eso no le impedía esconderse tras las taquillas y robar uno que otro beso de aquellas mujeres que suspiraban por aquel guapo ayudante de maquinista, nada le molestaba, nada lo hacía pensar, nada lo cansaba, nada lo distraía. En el día solo era él, Gerónimo y *La Bella*, en las noches, antes de conciliar el sueño se daba el espacio para preguntarse si su mamá ya estaba mejor, si aquellas enormes venas en sus pies ya la dejaban caminar, si Delia con su mal genio ya había agotado la paciencia de su esposo, si su padre lo extrañaría, si aún hoy, después de dos años que partió de su casa lo reconocería, si estaría orgulloso, si al igual que él se hacía esa clase de preguntas en las largas noches y sentía esa sensación de melancolía cuando lo recordaba. Solo quería ahorrar su dinero, comprar una enorme casa al lado de las vías del ferrocarril, traer a su mamá y a su papá, vivir

todos juntos al lado de su hipotética esposa e hijos, que lo vieran partir cada mañana mientras él conducía aquella enorme máquina, Darío suspiraba al imaginarlo, cerraba sus ojos y esperaba a que el esquivo sueño llegara a él.

Darío se ganó la confianza del viejo maquinista italiano, incluso entre estaciones le soltaba las palancas para que él dirigiera la locomotora, varias veces lo dejó conducir desde Puerto Berrío, arrastrando toneladas de metal, pasajeros y carga, cruzar el túnel de La Quebra, atravesar las montañas hasta llegar a Medellín, aquella mágica ciudad que para él era la cúspide de la civilización, era una ciudad con rincones mágicos y desconocidos por descubrir.

“Señor, hay un problema con un pasajero”, dijo un hombre que se acercó a la cabina. “Vaya usted, Darío, y mire lo que está pasando”, dijo el viejo. Darío echó unas cuantas paladas de carbón a la caldera y pasó al vagón de pasajeros. Un hombre borracho estaba causando problemas, se tambaleaba de un lugar a otro incomodando a las personas, incluso amenazó con lanzarse del tren en movimiento. Darío intentó razonar con él; pero fue en vano, así que se preparó para agarrarlo y atarlo, para dejarlo en la siguiente estación a cargo de la policía, sin embargo, aquel hombre sacó un enorme cuchillo y se abalanzó contra él, forcejearon un poco y aprovechando una curva, el ebrio empujó a Darío que cayó en medio de dos vagones, intentó aferrarse con todas sus fuerzas del acople; pero debido a que sus manos estaban llenas de grasa no pudo hacerlo por mucho tiempo, primero cayó en la vía y luego las ruedas metálicas y los rieles le arrancaron su pierna derecha, casi desde el muslo. Los gritos no vinieron de Darío, si no de la gente que vio con horror aquel suceso. La locomotora se detuvo unos cuantos metros adelante, corrieron a socorrer a aquel hombre que veía con incredulidad cómo su pierna se había convertido en una masa amorfa de carne deshilachada, todos corrieron en su auxilio, mientras su sangre se esparcía entre los rieles. Todo mundo lo dio por muerto, incluso él mismo sintió

que su fin había llegado. La locomotora llevó su mutilado cuerpo hasta un hospital en Medellín, nunca habían visto un tren ir tan deprisa, incluso muchos se bajaron en estaciones diferentes a su destino, por el temor a que aquella monstruosidad se descarrilara; pero eso fue lo que le salvó la vida, de lo contrario, su existencia se le hubiera escapado entre las heridas. “Darío, lo mejor es que usted se vuelva para su casa”, dijo Gerónimo la primera vez que lo visitó en el hospital. Le van a pagar una plata para que le quede algo y se pueda devolver para Yolombó”. “Yo me voy a recuperar y voy a volver al trabajo”, dijo Darío. “Mijo usted así no le sirve a nadie”, respondió secamente Gerónimo.

Una vez que el muñón de su pierna había curado, tomó sus cosas y un pequeño fajo de billetes amarrados con una cabuya que le dieron por su “trabajo”. Le pagó a un joven campesino para que lo llevara en mula hasta su casa, y así emprendió su regreso de nuevo a aquel lugar, no quiso pasar por ninguna de las estaciones, tampoco quiso despedirse de nadie, solo quería convertirse en un rumor, en un quizás. Después de varias horas de camino, llegó a su casa, la primera persona que reconoció fue a Delia que salió de la cocina advertida por el ladrido de su perro. “Darío, ¿qué le pasó?”, preguntó al verlo saltar en su único pie. “Hermanita, tuve un accidente”, Darío cayó al suelo mientras lloraba desesperadamente. “Venga le doy un tinto para que se sienta mejor, hermanito”. “¿Papá está trabajando?”, preguntó Darío después de haberse tomado el café y limpiado las lágrimas. “Darío, mi papá se murió al año que usted se fue, se rodó por un barranco con el caballo y los encontramos dos días después, el animal se desnucó y aplastó a papá”. “¿Y mamá?”, Delia se paró y llevó a Darío a la habitación de su madre, allí estaba ella, con el pelo blanco como la sal y la mirada perdida. “Mi mamá está enfermita, ya no recuerda a nadie, al principio preguntaba por usted, pero ya ni siquiera dice una palabra”. Darío salió de aquel cuarto, se sentó en el mismo Taburete donde solía sacarle filo a su

machete y sintió un vacío enorme en su pecho, uno más grande que el día en que se fue.

Subió la loma sobre el caballo que había comprado con los últimos pesos que le quedaban, descendió de él y se sentó sobre la hierba mojada esperando a que amaneciera, miró su inexistente pierna y pensó tantas cosas que no tendría hojas ni tinta para contárselas, vio cómo los rayos de aquel sol que empezaba a asomarse pintaban de verde aquel paisaje, y en la lejanía, entre las montañas, apareció una imponente locomotora, ese chasquido musical que salía del roce del metal era inconfundible. Sacó un frasco con aguapanela del costal que traía y tomó un sorbo para bajar el taco que tenía en la garganta, sus ojos se inundaron de lágrimas, su pecho se vació por completo, montó de nuevo su caballo y se dirigió lentamente al cafetal, mientras el último vagón de la locomotora 38 se ocultaba entre aquellas enormes montañas.

[Seudónimo: Durante]

Primera mención

Extraños a medianoche

María Fernando Meza Pacheco

Las luces sobre las montañas, las que rodean la ciudad, le dan un aspecto misterioso. Como ojos que espían, como la luz de las velas a medianoche cuando la línea entre esta vida y la otra se desdibuja. Es por estas luces que, en un día que ya no existe, decidió quedarse en la ciudad. Pensando en ese día, la chica lucha por mantener los ojos abiertos. Sabe que es imprescindible que se mantenga despierta mientras el paisaje cambia estación a estación. Sabe que una chica no debería estar sola de noche en un vagón que se vacía rápidamente mientras se acerca al sur. Está tan cansada y el sueño se presenta como una tentación divina. Cualquier otro día se habría quedado en casa, sin embargo, este viernes por la noche le encargaron una misión. Por eso decidió tomar el vagón hasta la última estación de la línea, donde la esperan.

La chica cabecea, se duerme por un segundo y levanta de nuevo la cabeza, en un ciclo vicioso que está a punto de derrotarla. En medio de su lucha, el tren para de manera abrupta y ella se espabila asustada, se agarra del pasamanos en un segundo y evita la caída.

Se endereza en su asiento y mira a un lado y al otro del vagón, esperando que nadie estuviera mirando la escena. Si hay dos ojos que la miran. Se percata de que un muchacho la observa, un chico sentado diagonal a ella. Cuando ve que ella le devuelve la mirada, sonrío y le hace señas. Inclina la cabeza ligeramente a un lado, junta las dos palmas de sus manos y las utiliza como almohada flotante, con esto completa el gesto universal de “dormir”. Ella lo interpreta como: “¿Tienes sueño?”, y se pregunta si ese gesto podría tener más interpretaciones. Por alguna razón, se siente cómoda devolviendo la sonrisa al chico y niega con la cabeza, lo que es claramente una mentira tan grande como una casa. El chico vuelve a sonreír entusiasmado con la respuesta. La chica mira hacia otro lado, entre halagada y culpable.

Faltan aún tres estaciones para llegar a su destino. Devuelve la mirada al chico y este le obsequia una sonrisa grande. Palmea el asiento junto a él, ella se levanta y se cambia de asiento. Cuando nota lo que está haciendo, se da cuenta de que está obedeciendo a un extraño sin mayor consideración y el sueño se desvanece. Lo observa con mayor atención. Es un chico delgado, solo un par de años mayor que ella. Tiene el cabello rizado de un amarillo mazorca y la piel besada por el sol. El chico empieza a preguntarle sobre ella, qué estudia, dónde estudia, cuál es su nombre, ella responde con precaución y le devuelve las preguntas.

—Soy Bea —, dice

—Soy Marcos —, dice el chico con una sonrisa que le llena de patitas las comisuras de los ojos.

Mientras Marcos inicia un monólogo sobre astronomía y por qué eligió esa carrera, Bea nota que las luces del vagón parpadean y que el tren disminuye ligeramente la velocidad para dejar entrar a los pasajeros que no necesitan que las puertas se abran. Deben estar a punto de entrar a la zona restringida. Devuelve su atención a su

interlocutor y busca alguna señal de que él haya notado algo de lo que acaba de pasar. Usualmente los humanos son pocos sensibles a estos detalles, pero, de vez en cuando, encuentra uno que mira espantado a su alrededor, esperando ver algo que su cuerpo siente pero que sus ojos no son capaces de encontrar.

Marcos no se percató de la presencia de los nuevos pasajeros que abordan, pero sí nota que ha perdido la atención de la chica. La mira con detenimiento. Tiene el cabello rizado, es fuego vivo que desafía la palidez de su rostro. Pero lo que más le gusta son sus ojos grandes y redondos que transmiten tranquilidad y ternura.

—Bea —, la llama el chico, reclamando su atención

—¿Sí?

—¿Tienes algo que hacer? ¿Te gustaría ir por un café?

A Bea le agrada Marcos. Aunque sabe que la esperan, quiere decir que sí, quiere conocerlo más, y comprobar que sus instintos siguen siendo precisos. Lo mira a los ojos y le gusta el color radiante de su alma.

—Yo...

De repente el tren pasa por un túnel y la oscuridad absorbe al vagón. Un sonido gutural, muy parecido a una orden, es emitido solo para sus oídos. Mira a su alrededor buscando el objetivo, esperando la luz roja que utiliza su jefe como señal. Sigue buscando en medio de la oscuridad cuando siente la calidez de la mano de Marcos buscando la suya, Bea baja la mirada a donde se supone que debería estar su regazo y le regala una sonrisa tímida a la oscuridad mientras se sonroja. Lo toma de la mano y lo mira. Ahí está. La señal que estaba esperando.

La luz regresa al vagón cuando sale del túnel y el halo rojo que hace unos segundos iluminaba la sonrisa ingenua de Marcos, desaparece. Retoma la conversación como puede sin dejar de mirarlo.

—Me encantaría poder ir por ese café —, dice y se quiebra su voz.

En general no le gusta este trabajo, puede ver sus almas y sentir el dolor de sus cuerpos humanos. Nunca sabe quién ni cuándo, en esta ocasión el jefe la llamó y le entregó indicaciones precisas. Sabía que sería en la noche, en este vagón, así que se subió al tren apenas se ocultó el sol y estuvo esperando que se subiera el elegido. ¿Por qué no se le ocurrió que podría ser él? Quizás eligió ignorar esa posibilidad, muy pocos humanos podían verla y disfrutaba mucho cuando lo hacían. Por un momento dejaba de sentirse sola, dejaba de ser una observadora para convertirse en parte de la historia de la humanidad. Estaba segura de que alguna vez había sido humana y esperaba llegar a su meta personal como recolectora, para que en esta o en la próxima vida le toque un cuerpo humano.

Con una mano aprieta la de Marcos con firmeza y con la otra le acaricia la mejilla con dulzura.

—Eres muy especial, Marcos ¿lo sabías?

Lo ve sonrojarse y apartar tímidamente la mirada.

—Yo pienso lo mismo de ti, Bea.

El chico inclina el rostro hacia la mano de Bea y le deposita un beso en la palma.

—En realidad, hoy no he tenido el mejor de los días, Bea. Me alegra haberte conocido.

La chica le regala una sonrisa brillante y se acerca a su rostro. Mientras lo hace, comienza a entonar un cantico en voz baja. Cada una de sus palabras se dibujan a fuego en el piso del vagón formando un

círculo que danza con la melodía de su voz. Marcos no nota el calor repentino ni la voz de Bea cantando en una lengua muerta, solo ve a la chica delante de él y siente el rubor de sus propias mejillas mientras ella acerca sus labios a los de él.

Del círculo surge una figura negra que incomoda a los demás pasajeros no humanos del tren. Las almas que arrastran sus propias cadenas miran hacia otro lado, los espíritus y los ángeles caídos que utilizan el tren para cruzar al otro mundo se revuelven agitados en sus asientos. A nadie le gusta estar tan cerca del fuego del infierno. Los humanos menos sensibles caen en el sueño momentáneamente, sin sentir ni ver ni oír. Como si no estuvieran ahí.

Bea extiende un brazo hacia la figura negra que se ha convertido en un lobo de pelaje oscuro y este se acerca para lamerle los dedos. Ella le acaricia la cabeza y pronuncia el encanto:

—Hay destinos peores que la muerte.

El lobo se estremece y se convierte en una daga que cae sobre la palma abierta de Bea, quien la empuña sin dudarle. Marcos sigue en un trance, y ella se las arregla para calmar su respiración. Acerca la hoja del arma a la garganta del chico, hace un corte rápido y limpio que libera al alma de su prisión terrenal. Los ojos perplejos de Marcos la miran, y ella alcanza a darle un beso antes de que su alma abandone su cuerpo.

—Lo siento —, susurra en el oído de un cuerpo que cae, que ya no puede oírla, que ha conocido la traición.

Siente que el tren desacelera porque ha llegado a la última estación y sabe que la está esperando el jefe, que tiene un pedido que entregar.

—El contenedor —, dice y la daga se transforma nuevamente en el lobo de pelaje oscuro. El lobo olfatea el cuerpo sin vida del muchacho. Voltea hacia donde está el alma de Marcos quien mira

incrédulo su propio cuerpo desmadejado en el piso del vagón y trata de correr cuando nota que el lobo viene por él.

Trata de resistirse al lobo, pero este es más rápido y lo alcanza. Abre su boca y se lo traga en menos de un segundo.

—Vamos —, le dice Bea al contenedor mientras camina hacia la salida del tren y da un paso hacia la estación.

—¡Bea! —, la llama aquella voz que detesta. No se molesta en buscarlo con los ojos, sabe que no está aquí. —Ya sabes lo que tienes que hacer.

Bea pone los ojos en blanco y se agacha para estar a la altura de los ojos del contenedor. Sabe que tiene que enviarlo de vuelta de la misma manera como lo invocó, mira los ojos del lobo y se pregunta dónde estará el alma de Marcos. Una lágrima solitaria se desliza por su mejilla y comienza a cantar.

[Ariam]

Segunda mención

Costumbres

Karla Juliana Villamizar Camargo

Había cantado el gallo, tarde como siempre, y el sol ya quemaba sin gracia, aún bajo la sombra. En los techos del barrio no se asomaba un solo ser, pero yo descansaba tranquilo en el árbol de mango que había tomado para que fuese mi hogar. Recuerdo que ese día la gente izó banderas y gritaban en sus casas al mismo tiempo, por eso yo paseaba por las cocinas descuidadas para robar lo que pudiera de la forma más sencilla.

Fue cuando pasé por la casa de los Arias que vi al más grande de los hijos, Miguel, cargando a uno de esos desagradables animales: un perro. Lo vi un momento con intriga, pero el pequeño monstruo saltó de sus brazos para correr hacia mí y atacarme mientras hacía retumbar la casa. Pude tomar un pedazo de jamón antes de salir corriendo por la ventana mientras la doña me atacaba con la escoba.

—¡Otra vez esa porquería de gato robándose la comida, les he dicho que no dejen la ventana abierta! —, gritaba, y como siempre, sus hijos hacían caso omiso.

Me intrigó que la familia más egoísta del sector decidiera por primera vez tener uno de esos animales conviviendo con ellos; digo, yo ni siquiera necesito baño, pero esas cosas son un desgaste para los humanos, y encima un peligro para los míos. Me escabullí a mi árbol, que en coincidencia ocupaba su patio, todo para observar esa “maravilla” de suceso. El muchacho llegó acompañado de otro, que ató al perro a una viga y dejó en el suelo dos recipientes con agua y algo de café.

—Muéstrelo a Camila y va a empezar a visitarlo todos los días, ya va a ver —, dijo el invitado de los Arias.

—Más le vale, porque yo no sé qué hacer con este animal. Si no me sirve, lo echo. —, le contestó el hijo mayor riendo sin ningún tipo de vergüenza.

—¿Y cómo le va a poner?

—Manú, como el ex de mi hermana, con tal de que a mí solo me toque darle de comer y a cambio ella limpie el patio.

Los muchachos dejaron al cachorro sin mirar atrás. Sus ojos pasaron de expresar una infinita alegría a una confusión vaga, y, llegando la noche, a una tristeza profunda. No obstante, con cualquier sonido proveniente de las rejas que separaban el patio del resto de la casa, el animalito se notaba esperanzado y se ponía de pie sin retirar un segundo la mirada de ese sitio. Yo seguía expectante las acciones de mi vecino, pero también su forma: pequeño, con orejas caídas y hocico corto, de pelaje caramelo sedoso, como poco se observaba por el barrio.

Cada día al amanecer y anochecer el joven llegaba al patio y sin saludo o mirada cambiaba el agua del recipiente y echaba una manotada de comida al plato. Pasaron varios días y la reja que sonaba abierta dos veces empezó a hacer ruido una sola vez. Las visitas se acortaban, en ocasiones Miguel ni siquiera observaba el recipiente

de agua y solo rellenaba el plato con esa comida, que ahora tomaba un tono gris.

Pensé que poco a poco Manú se vería envuelto en el olvido, hasta que una tarde su amo le dio un baño, le puso unas correas y lo sacó de la casa. No tenía nada mejor que hacer, así que lo seguí. Reconocí a Camila, otra muchacha del vecindario que solía darme comida de vez en cuando, hablando con él.

—Pero dijiste que era de raza —, resaltó ella.

—Es de raza, me lo vendieron en cien mil porque ya tiene cuatro meses.

—Entonces lo tumbaron, mírele la cara, es criollo. Se lo voy a probar —, declaró la muchacha, y levantó al cachorro jalando la piel en su cuello y espalda. Como respuesta al dolor Manú la atacó, dejándole una herida bastante notoria en la mano y varias manchas de sangre en la ropa.

El grito y los insultos de Camila debieron causarle impresión al joven, pero aún más debió sorprenderlo el empujón que lo lanzó al piso cuando intentó revisar la lesión bastante preocupado. Camila corrió enojada y herida, pero quien sufrió las mayores consecuencias fue el perro, que fue recogido y tirado al piso del patio, donde habiendo recibido una fuerte patada fue a parar contra sus propios platos, sin entender lo que estaba sucediendo.

El castigo no quedó allí, Manú no recibía visitas ni comida con el pasar de los días, y con sus trastes volteados solo le quedaba beber del agua-lluvia que quedaba estancada en una matera sucia y comer algún que otro bicho o lagartija que lograba cazar. Aun estando en huesos, seguía levantándose con esperanza, ya con menos fuerza, cada vez que sonaba la reja del patio. Así pasó mucho tiempo y Manú creció, perdiendo el poco encanto que le daban sus medidas pequeñas, adquiriendo un aspecto desagradable y descuidado. El

cabello comenzó a caerse, las llagas que causaron los golpes ocupaban cada vez más espacio en su piel y el aspecto flaco se hacía más notorio; pero aun dejando su apariencia enternecedora, conservó la mirada brillante.

Un día la esperanza pareció tener fundamento. De nuevo el joven le daba a Manú de comer y cambiaba su agua; además, limpió y dejó el patio más impecable que nunca. Me causó curiosidad ese cambio imprevisto.

—Solo hace estorbo, ojalá sea verdad y salgamos de ese perro de una vez por todas —, dijo la doña asomada por la ventana, dándome a entender que, si había noticias, no serían buenas.

Con el pasar de los días llegaron diferentes personas a la casa de los Arias, y casi de inmediato se dirigían al patio. En sus conversaciones con los visitantes comentaban haberlo encontrado solo y golpeado, y se llamaban a sí mismos un “hogar de paso”. Observaba como intentaban acercarse a Manú, pero él les gruñía, ladraba con fuerza e incluso hacía movimientos para clavarles una mordida. El mayor de los Arias se notaba más frustrado, y luego de las visitas daba una reprimenda a Manú, cada día con más rabia. Era obvio que querían mandarlo a algún otro lugar.

Cansado de sus pequeñas responsabilidades llegó una mañana en que el muchacho simplemente abrió la puerta y llegando al patio empezó a lanzar objetos y golpes a Manú hasta sacarlo. Una vez en la calle, el perro solo se recostó en la tierra esperando las oportunidades en que la puerta se abría para intentar entrar de nuevo. Con el tiempo, sin conseguir su objetivo, Manú empezó a vagar por el barrio, pero cada noche regresaba a las escaleras frente a esa casa para dormir y ser corrido con agua, en ocasiones muy caliente.

—Otra vez ese perro mugriento, ¿por qué no solo se va? —, se quejaba doña Marta una de esas tardes mientras arreglaba las bolsas de ba-

sura. Tal vez no se le ocurría que Manú solo conocía vivir tras rejas y le habían quitado el único propósito que creyó tener.

—Ojalá lo coja un carro para que descanse rápido de esa vida tan triste —, comentaba su vecina.

Llamaron a Miguel, quien salió a sacar la basura como cada martes mientras atendía una llamada, cuando se le acercó un hombre extraño. Se notó una pequeña discusión hasta que el hombre sacó de su chaqueta algo afilado. Miguel intentó quitarle el arma, pero solo consiguió detener un movimiento.

—¡Ladrón hijueputa, suélteme! —, gritó, alarmando a los vecinos. El extraño jaló hacia atrás soltándose del abrazo de Miguel mientras los vecinos empezaban a asomarse abriendo ventanas y puertas, e intentó clavarle el arma, pero fue detenido por el ataque de Manú. En defensa de su amo, el perro le clavó los colmillos varias veces y logró lacerarle el rostro, pero en un intento por quitarlo de encima el extraño lo hirió con furia por todo el cuerpo con la navaja. Para cuando los vecinos llegaron con sus propias armas improvisadas a cobrarle sangre al ladrón, Manú estaba en el suelo con muchos agujeros, derramando lo que le quedaba de vida.

La escena fue dolorosa, mas no tanto como la imagen de Miguel entrando de nuevo a su casa, habiendo presenciado la desgracia, pero sin lanzar siquiera una mirada de lástima al animal. La policía se llevó al extraño, y la situación se resolvió; todos volvían a sus casas.

—¿Y quién va a levantar ese perro? —, preguntó alguien, pero todos los vecinos omitieron el comentario.

La situación me pareció tan injusta que dejando atrás mi permanencia solitaria decidí acompañarlo. Escuché su llanto débil, que seguía incluso cuando toda la gente se marchó a sus casas. No sabía si estaba muriendo, pero esperaba que sí, porque podía percibir lo mucho que sufría. Me acerqué lentamente y observé esos ojos

tristes y opacos, luego me recosté junto a él esperando que su dolor acabara pronto, pero no fue así. Anocheció y el frío amenazaba, así que me tuve que marchar, pero desde mi árbol vi su respirar enlentecer hasta cesar por completo.

En la madrugada recorrí el reborde de las paredes y descansando en el techo observé cómo una camioneta pasó por encima del cuerpo de ese fiel compañero. Desde donde estaba también podía notar, a través de las ventanas, cómo toda la familia Arias descansaba tranquila. Agradecí por primera vez no tener familia, nombre ni propósito; nosotros nunca entendimos la lealtad de los canes hacia seres tan mezquinos y desmemoriados como el hombre, por eso preferimos el egoísmo y desapego para prevenirnos del abandono, que es sin duda la más común de las costumbres humanas. Nunca moriría por uno de ellos, y aún menos lo llamaría mejor amigo.

[Seudónimo: Ágora]

Ensayo

Primer puesto

Diálogos con la soga

Karen Jaramillo Osorio

*En representación de todos aquellos
que no pudieron alzar su voz.*

“Cada dos días se reporta un caso de suicidio en Medellín”, promulgaban los diarios locales hace aproximadamente un mes, lo cual para muchos puede pasar como un número absoluto desapercibido, considerando que somos una población alrededor de dos millones quinientos mil habitantes. Sin embargo, si ahondamos en estas cifras, podemos entender que la mayor cantidad de personas que se suicidan se ubican en el rango de edad entre los diez y treinta años, en el que también se encuentra la mayor cantidad de intentos suicidas, según estadísticas de la dirección seccional de salud de Antioquia; lo cual ya no parece una cifra tan despreciable y enciende las alarmas sobre la salud mental, de predominio en la población joven. No obstante, más que cuantificar la muerte, la personificaremos con el objetivo de acercarnos un poco más a los entramados rincones de la mente humana.

Para muchas culturas basadas en el precepto judeocristiano, la muerte se presenta como un castigo, evidenciado en el ampliamente conocido mito de Prometeo, quien debía morir una y otra vez como venganza de los dioses al haberle entregado el fuego sagrado a los humanos, siendo el lienzo de Rubens la obra por excelencia que caracteriza el camino inevitable de Prometeo hacia su propia muerte.

Por el contrario, el hinduismo identifica a la muerte como el periodo de transición y por ende el comienzo de un nuevo ciclo, ya sea en Suarga (cielo) o Naraka (infierno) teniendo en cuenta que el llanto de los acompañantes en los rituales celebrados es por quienes quedan vivos, más que por aquellos que partieron en busca de un nuevo recinto que albergue su alma. Pero..., ¿qué tienen en común todas las religiones respecto a la muerte?, y básicamente la respuesta se traduce en: “llevar una buena vida”, y con esto empezamos a descender en esos oscuros pensamientos precipitantes de fatalidad.

Alguna vez mientras caminaba por el pasillo de un hospital me detuvo la angustiante voz de un chico de doce años que decía: “Todo es mi culpa por ser tan desobediente, yo debería morir y no mi mamá”, como si la muerte fuera de merecimiento más que causalidad; lo cual me llevó a recordar la frustración de muchos compañeros luego de un examen perdido y cómo relacionaban su mal desempeño en dicha prueba con una posible incapacidad para hacer algo bueno en la vida y, por ende, el deseo expresado de manera elocuente de “debería morirme”, lo cual a final de cuentas se fue convirtiendo en parte del paisaje y resultó incluso una de mis frases favoritas sin ser consciente del gran daño que con ello me hacía.

“Soy un desastre”, “no sirvo para nada”, “no le apporto nada a nadie”, “por eso es que nadie me quiere”, eran frases que para algunos resultaban producto de un momento pasajero, pero para otros fueron las últimas que pronunciaron al creer que no podían “llevar una buena vida”.

Si tan solo hubiesen sabido que eran buenos en matemáticas, en dibujo, que cantaban o bailaban prodigiosamente, que eran buenos cuenteros, comediantes, filósofos..., si tan solo hubiesen podido entender ante esa frustración que no todos los animales del bosque son buenos trepando árboles; pero fue tarde para ellos, para nosotros, para la sociedad que señala, condena y olvida, y más si de suicidio se trata.

En otra ocasión mi mejor amiga se me acercó una tarde lluviosa y mirándome fijamente me dijo: “He intentado matarme más de una vez, pero no lo he podido conseguir”, ahí entendí que la risa puede enmascarar más sufrimiento que el mismo llanto y que la depresión está ahí, detrás de los rostros de padres, hermanos, amigos e incluso del reflejo del espejo.

Mi mejor amiga es una mujer brillante, se destaca en sus estudios, tiene una vida social activa, disfruta el campo, ama los animales, pero hace años en silencio empezó a sentirse incompetente, empezó a creer que todo lo que hacía no valía la pena, que no era una persona aportante para la comunidad, no buscó ayuda, no alzó su voz, y su mente como respuesta al maltrato empezó a ahorrar energía, ya dormía el doble, dejó de hacer deporte, dejó de asistir a clases y reuniones, dejó de contestar llamadas, y por poco deja de vivir si no fuera porque le faltó valor de apretar más fuerte esa sogas en el techo de su habitación.

A decir verdad, siempre relacioné las sogas con los saltos colectivos en el patio del colegio o con aquella prueba de educación física en la que había que treparla hasta el techo —que por cierto nunca pude aprobar—, pero pensarla rodeando su cuello, apretándolo lentamente, cesando su circulación... era nuevo para mí y mis infantiles formas de resolución de conflictos. No fui capaz en mucho tiempo de concebir la muerte de mi amiga y menos a través de la sogas.

Días después recibí la noticia que otro amigo lo había logrado con éxito, que la sogas nunca se zafó de su nudo, que no se partió, sino

que había cesado con el sufrimiento de él, quien días antes había posteado una foto sonriente junto a su mascota en un paseo familiar.

Todo lo anterior me llevó a pensar que la salud mental es ese tema del que muchos hablan y pocos entienden, el que no se refleja únicamente por las emociones expresadas, porque lo que se calla adquiere más significado que aquello que se divulga, que no es cuestión de creer que estar loco es malo, ya que la locura es otra forma de sanamente existir, sino de buscar ayuda a tiempo, aunque muchas veces no se sepa cuál es ese tiempo adecuado.

Luego de tocar el tema con muchas personas, empecé a escuchar historias de vida al límite, incluso siendo la primera vez que lo mencionaban a alguien más, casi que una de cada tres personas me refería que por lo menos una vez había pensado en morirse o lo había deseado, aunque estuviese lejos de poderlo llevar a cabo, es tanto que hasta recordé las propias veces que yo también lo deseé, pero me faltó el valor de hacerlo o me sobró el valor para abstenerme.

Es por eso que una muerte cada dos días por suicidio sí es una cifra importante, porque no solo es una persona la que dejó de existir, fueron sus sueños, sus expectativas, la posibilidad de superar sus miedos, el trozo de pastel de su próximo cumpleaños, tal vez su grado universitario, su proyecto familiar, su cita con el psicólogo para orientar su acertada resolución de conflictos, su llantos con familiares o amigos en busca de soluciones, su cambio de *look* y, por supuesto, su diálogo con la sogá para lograr treparla en la prueba de esfuerzo y no para despedirse como último testigo de una vida por salvar.

[Seudónimo: Scherezada]

Segundo puesto

Dimensiones sexuales

Sebastián Pulgarín Fernández

*–Amar la sexualidad es amar a la vida, la
veneración de la creación de la vida, afirmación
del triunfo de la vida sobre la muerte.*

Friedrich Nietzsche

Bajo la caída del ocaso, en las exuberantes montañas visibles desde el centro de la ciudad de Medellín, se prepara con total ímpetu Adriana, dejando atrás solo por el fin de semana al que llamaremos en este caso Roberto, el cual en realidad quisiera dejar por siempre en el closet, y desvanecer la llave con cerrojo incluido. Ella como prefiere que le llame, se dirige hacia los “chochales”, es como una especie de Ágora del pecado, donde se congregan con libertad al son del alcohol, carcajadas graves, con una asentada plebeyez. Pero eso solo dura esas breves noches, limitadas por la furia del tiempo, para luego sin ningún reparo llegar a su vida “normal”, Roberto es padre de familia, dice que tiene dos hermosas hijas y una gran esposa, ellas sienten gran admiración y respeto por su padre y esposo el cual

cada fin de semana dice que viaja a los pueblos de Antioquia para concretar negocios ya que es comerciante. Adriana dice amar a sus hijas y esposa, dice que es un amor tan puro y natural como el que siente por ella misma, pero no de Roberto, de Adriana esa mujer que se expresa con gallardía, con jocosidad cada fin de semana, y a su vez dice con un tono de voz grave y desquebrajada.

—¿Sabes que siento cada noche antes de dormir los fines de semana en las habitaciones del hotel?

—No, sería difícil saber eso.

—Mi mente nunca está tranquila y nunca recibe descanso verdadero y más aún esas noches, no trato de sonar como filósofa o una profeta, pero sabes algo, no estoy feliz, pero estoy en paz ahora. En paz pura, y eso se siente estupendo.

Lo racional en contra de lo emocional, es fácil quedar atrapado enfrentando estos dos caminos, pero en definitiva siempre habrá espacio para la comprensión racional sin descontar los sentimientos subjetivos de las emociones, la noción de que la racionalidad y la emociones son mutuamente excluyentes termina siempre perjudicando a ambas.

Una de las características claves de los organismos vivos (desde una bacteria como la *Echerichia coli* con un diámetro aproximado de dos a cuatro nm, o el de un animal como la ballena azul con unos treinta metros de longitud y un peso de ciento ochenta toneladas), es la reproducción, la cual es inherente en la vida, ya que es la precursora de la continuidad de la existencia de todo organismo, con un afán de dejar descendencias. Cuando nos adentramos en esto, la vida nos muestra dos senderos fundamentales de reproducción: la asexualidad y la sexualidad; esta última la más compleja, asentada en innumerables caprichos biológicos y hasta socioculturales, este tipo de reproducción se proyecta en organismos superiores como el caso de la ballena azul, o del ser humano mismo. Una de las condiciones de la reproducción

sexual es la exigencia biológica de dos individuos que en la mayoría de los casos debe ser el de un macho y una hembra, ya que estos deben hacer un aporte de un gameto masculino y otro femenino, con el fin de formar un cigoto, o en palabras más sencillas dar inicio a la formación del ballenato, o del infante que algún día llegaste ser. Resulta ser entonces que la descendencia es el aspecto central de esto, bueno eso nos dice la biología, ¿pero será esta su única finalidad y a su vez será suficiente? Podríamos decir con cierta confianza que no, ya que por ejemplo el ser humano en la sexualidad como en muchos otros factores naturales suele ir más allá de lo usualmente percibido; resulta que la sexualidad no solo nos ha llevado hasta este punto, sino que han surgido múltiples problemáticas, discusiones, puntos de vista, en fin, situaciones que hasta la fecha nos ponen en constantes conflictos.

Podríamos afirmar con cierto convencimiento que la atracción fue un elemento fundamental para la formación de todo compuesto orgánico e inorgánico, siendo más precisos, la atracción fue la pionera de la reproducción en los primeros vestigios del universo; hablemos en este caso de la molécula del agua, ese compuesto imprescindible para la formación de la vida: cada molécula de agua está constituida por dos átomos de hidrogeno y un átomo de oxígeno, utilicemos en este ejemplo una chispa de ficción, digamos que los átomos fueron esos primeros habitantes del universo, con características similares a las nuestras, ya que unos se enamoraban, otros se rechazaban, y unos simplemente preferían estar solos... Pero retomemos el ejemplo de la molécula del agua y sus tres habitantes, resulta que los dos hidrógenos tuvieron un tipo de relación “homosexual”, y a su vez sintieron ese afán, esas mariposas en sus capas de valencia, lo cual indujo que se enamoraran perdidamente del oxígeno, eso que etiquetaríamos ahora como poliamor. Y qué bella historia de amor molecular, esa que ha durado eones y es la misma que nos hace estar de pie leyendo estas líneas. Pero la atracción es algo que podemos identificar en todos los niveles de organización de la ma-

teria, pero nos enfocaremos de nuevo en el ser humano, y podemos cuestionar: ¿cuáles serán esos criterios específicos y universales que hacen que esto suceda? O ¿será que no habrá universalidad en esto de la atracción?

Digamos que la cultura social donde creces y donde has vivido te han establecido lo que es “normal”, pero ¿qué es eso de normalidad social? En la mayoría de culturas en el mundo lo normalmente aceptado es la atracción y/o reproducción entre un hombre y una mujer, pues desde el punto de vista reproductivo es cierto ya que el macho en el caso del ser humano aporta veintitrés cromosomas por medio de una célula sexual haploide y la hembra aporta otros veintitrés cromosomas de igual forma, para un total de cuarenta y seis cromosomas en una célula diploide, y cabe resaltar que adicional a los cromosomas la hembra aporta muchísimo más, un primer indicio de la superioridad de género. ¿Pero será el único determinante en la sexualidad? Esto resulta algo simplista y poco concluyente a la hora de abordar ese tema, en efecto no es solo un impulso biológico por dejar descendencias, debemos ir más allá de la biología básica, y escarbar temas mucho más profundos que en esencia misma nos pueden llevar a encrucijadas morales y de otro tipo. Abordemos inicialmente la sexualidad en parejas del mismo sexo, o lo que conocemos técnicamente como homosexualidad, ¿será esto un aspecto biológicamente correcto? Y qué decir dentro del enfoque moral. Las personas no queremos aceptar las cosas como son, siempre se desea que todo sea a nuestra propia medida, y que la vida se pliegue a nuestros propios deseos, por eso no fluimos con la vida, cuando aparece algo que no nos gusta nos preguntamos: ¿por qué?, en lugar de ¿para qué? Y todo eso es lo que nos inhibe hacia la comprensión y aceptación de lo que nos rodea.

Demos un breve recorrido histórico en torno al ideal sexual del ser humano. En la edad antigua en los albores de la civilización, al parecer desde mucho antes de la invención de la rueda, se veía la sexualidad encarnada, en sus innumerables variantes, esas que ahora

clasificamos como por ejemplo la homosexualidad, transexualidad, incesto, violaciones, hasta incluso nos lleva a una de las profesiones más antiguas y marginadas en la historia, la prostitución, sí, esa misma que hasta la actualidad se ha tratado de estigmatizar y ocultar, pero cabe resaltar que en los últimos años se ha popularizado y se han roto muchas de las barreras socioculturales alrededor de esta, hasta el punto que ya gran cantidad de personas sin importar su índole optan por este trabajo ya que genera grandes sumas de dinero y al parecer se puede disfrutar, y la comunicación por medio de la tecnología nos llevó al punto de que se puede expresar en muchas facetas, como en la presencialidad, la complacencia en fetiches, virtualidad, venta de contenido sexual, en fin, ya son muchas las opciones por la cual la persona puede optar y en la que se puedan sentir mucho más cómodo.

Son muchas las evidencias que nos hablan de la sexualidad en la antigüedad y al parecer en varios ángulos se toman con normalidad, o eso parece; una de esas evidencias es el papiro de Turín, el cual muestra en doce escenas un erotismo explícito y sin ningún tipo de pudor, ¿podríamos ver esto como una de las primeras señales de pornografía, o algún tipo de consejos en aspectos de la sexualidad? ¿Será que aún no se tenía conciencia de la moralidad? Adicional a esto, el incesto lo cual parecía ser muy normal, bueno, ni tanto, ya que solo era permitido a los que conformaban las puntas de las pirámides de la sociedad antigua y medieval (faraones, reyes, emperadores), ya que esto era determinante para preservar el linaje de “dioses”, lo cual a su vez llevaba a múltiples malformaciones congénitas, que gracias a la comprensión de las leyes de la herencia ya sabemos por qué ocurrían. Aun así, las representaciones de la sexualidad han cambiado durante el tiempo, inducida principalmente por creencias de tipo religioso, ya que este ha sido un determinante a la hora de concebir lo que se acepta o rechaza dentro de una sociedad. En la edad media con el crecimiento exponencial del cristianismo, los aspectos sexuales se vieron seriamente restringidos por los ideales

de esa creencia, lo que en comparación de la edad antigua se tenía un poco más de docilidad respecto a esas experiencias; entonces podríamos inferir que hubo un retraso social enorme y el gran dilema es que hasta la actualidad las religiones abrahámicas tienen el mayor control en aspectos morales y éticos en las sociedades, en el caso del cristianismo esta imposición fue a punta de cruz y el revólver defendiendo sus creencias y esto nos lleva a la gran problemática de la diversidad sexual.

Empecemos con el dimorfismo en la sexualidad, el cual es básicamente esas discrepancias evidentes en cuanto a las características que hay entre el macho y la hembra expresadas en su morfología y fisiología, esto lo podemos identificar en una misma especie y con mayor intensidad en animales superiores como el ser humano, aves, leones, entre otros. Son precisamente estas diferencias las cuales nos llevan a un aspecto fundamental que es el cortejo, esa medida que optan las especies para llamar la atención, la cual en la mayoría va dirigida hacia la hembra, por ende, al macho le toca idearse métodos con base en su morfología y fisiología para que la hembra tenga toda su atención e inducir la reproducción, y en casos como el del ser humano, pingüino, y entre otros, generar una pareja sexual en lo posible la mayor parte de su vida. Pero es precisamente ese dimorfismo el que nos ha llevado como seres humanos a ver nuevas perspectivas a la hora de lucir nuestra sexualidad y no solo eso, sino también adentrarnos en una serie de conflictos. La diversidad es un aspecto decisivo en la vida misma, ya que sin esta característica la vida como tal no sería posible; abarquemos con generalidad los errores o lo que en biología denominamos como mutación, la cual puede ocurrir en varias dimensiones ya sea génicas, cromosómica y genómica. Esto puede producir varios factores que generan desventaja, pero por fortuna biológica no solo sucede eso, aun mas importante podríamos decir con toda seguridad que la mutación es un cimiento indispensable tanto para la evolución, la conservación de las especies, la vida y en especial que haya esa parte tan práctica

en la vida, la cual es la diversidad. Pero resulta que al ser humano en la mayor parte de su historia no le ha gustado mucho eso de diversidad, o para ser más precisos, no le agrada algo que increpe sus ideales de cualquier tipo, ya sea político, fenotípico, religioso, y en especial sexual. Este último nos dirige a la incomodidad por la biología convencional, la cual se sedimenta desde la diversidad de ópticas desde preceptivas socioculturales, lo cual induce un acercamiento de las voces de diferencia.

Las diversas preferencias sexuales siempre han existido, pero muchos siglos han sido suprimido o han encarcelado esas libertades por factores claros, esos mismos que a su vez forman los pilares de las sociedades, o eso creemos. ¿Cuáles serán esos pilares o verdugos de la diversidad? De esos objetores de conciencia, la mayoría hacemos parte, o fuimos en algún momento parte, ya sea consciente o inconscientemente. La religión, la cual perturba con fuerza las columnas de moralidad de los núcleos familiares, y esta a su vez exige utopías con total ferocidad a esas instituciones de educación, y de esta manera se vuelve un virus incontrolable de perversión hacia la libertad, la diversidad, la sexualidad, en fin, en la vida misma. ¿Pero cuál será ese fin de querer que todo sea como un cardumen de infortunados? Pero la vida como la *Nelumbo nucifera* (flor de loto), la cual se distingue por su gran longevidad en sus semillas, esas en la cual guarda su gran belleza y perfección con gran paciencia, y no solo esto, sino que adicional a eso emerge en aguas pantanosas, lodosas y sin importar de todo eso nace sin mancha, inmaculada, ¡así es la vida! El ser humano ha escondido por generaciones su libertad, sus brillos, pero a lo largo del siglo xx esto ha comenzado a cambiar, hasta el punto que en la mayoría de familias, ciudades, países, todos tratan de florecer por más lodo que se haya acumulado en la historia, eso no resulta ser un impedimento para que esto suceda, acabamos de finalizar la segunda década del siglo xxi y podemos identificar muchas flores de loto de todo tipo por todo el mundo que no temen ser y demostrar lo que sienten, hasta el

punto que se ha vuelto algo confuso, pero de eso se trata la vida, ya podemos ver heterosexuales (atracción física y/o emocional por el sexo opuesto), homosexuales (atracción física y/o emocional por el mismo sexo), bisexuales (atracción física y/o emocional por ambos sexos), transexuales (personas que no sienten que pertenecen al sexo biológico con el que nacieron), asexuales (no presentan atracción física ni emocional hacia ningún sexo), pansexuales (pueden sentir atracción física y/o emocional por cualquier tipo de persona), sapiosexuales (su atracción es basada en la inteligencia de la otra persona), antrosexualidad (desconoce su orientación sexual, lo cual puede verse atraída por cualquier persona)... Y quién sabe cuántos más, ¿todo esto será biológicamente correcto? ¿Serán variantes de la sexualidad que apenas surgen o han existido en toda la historia humana? ¿Podríamos ver algunas de estas expresiones de construcción de identidad en el resto de especies? La identidad de género es totalmente contextual, dependiendo de las propuestas de feminidad y masculinidad del tiempo y el espacio, resulta que la discriminación se manifiesta en varios ángulos y la más preocupante es la que ejerce fuerza y ha tenido un eventual crecimiento a medida que la sociedad va siendo más dócil al respecto, y es la endodiscriminación, esa que se ve claramente entre las mismas ideas o expresiones circundantes tanto en la sexualidad y/o género. En definitiva, es dura la vida en términos de encajar en un molde social ya que la vida misma no es amiga de los “molde”, debemos de tener una visión de la naturaleza mucho más amplia, rompiendo el vínculo de la imposición social y la homogeneidad, y aceptar una naturaleza en constante contraste, marcando un criterio de independencia de identidad, por ende aceptando todo ese aparato evolutivo tanto biológico como cultural, el cual nos llena de posibilidades, pero no nos impone a nada, como seres humanos debemos producir la diversidad sexual mediante la ciencia, la historia, la innovación, el arte y ante todo la libertad, conectando de esta manera la diversidad sexual con la biología.

[Seudónimo: Eros]

Autores

Cuento

Sebastián Rivera Isaza

Nací el 28 de agosto de 1995 en un hospital de Bello, sin embargo, en aquella época todavía estaba extendido el mito de que Bello y los demás municipios del valle de Aburrá pertenecían a Medellín, así que por error del registrador y de mi madre no cuento con el hermoso gentilicio de los bellanitas. Soy alguien inquieto y ansioso y por ello he encontrado muchos intereses durante mi vida: soy psicólogo, estudiante de medicina, artista marcial, actor de teatro y aparentemente escritor, digo aparentemente porque en nuestra sociedad tenemos la ilusión de que grandes editoriales deben avalar el producto del artista literario para que este pueda nombrarse de tal manera, sin embargo, con el pasar de mis años y habiendo leído la vida y obra de autores tan diversos como Bradbury, Orwell, Cortázar o Casciari he podido convencerme de que así no sea respaldado por alguna industria puedo autodeterminarme escritor desde el mismo instante en el que mis letras se unen para contar una historia, lo cual al final, es lo único que debería importar en la literatura.

sebastian.riverai@udea.edu.co

Diego Alejandro Arias Álzate

Nací en la vereda de El Rubí, Yolombó el 8 de mayo de 1989. Decidí un día emprender mi camino fuera de aquellos paisajes, viajé, conocí, erré, acerté y llegué al lugar donde ahora estoy, motivado por mi pasión, el incansable apoyo de mi familia y mi novia, que han logrado que el sueño de ser médico se acerque poco a poco. Me gusta leer y aún más escribir; en mi mente, junto a mis pensamientos, existen cientos de historias que quiero contarles por medio de la literatura. Actualmente soy estudiante del pregrado de Medicina de la Universidad de Antioquia.

diego.arias@udea.edu.co | alejo.d3a@gmail.com

María Fernanda Meza Pacheco

Tengo veinticuatro años, soy de Montería, y estudio medicina. Solía ser una chica muy tímida. Con el paso de los años he cambiado mucho, sin embargo, nunca he logrado deshacerme de la aversión que siento a hablar o escribir sobre mí. Es que no hay mucho que decir: me gusta escribir. Y me asusta. Desde pequeña he encontrado un refugio en los libros, mientras otros niños pedían balones, muñecas, juegos en sus cumpleaños, yo pedía libros. Aún lo hago. Entonces, esto de escribir se ha convertido para mí en una simple extensión de lo que soy, de lo que puedo llegar a ser. Me gustaría aclarar que, a pesar de que escribir es algo que disfruto, no lo hago muy a menudo, en parte, porque las responsabilidades de la vida monopolizan mi atención, y en parte, porque me asusta mucho la hoja en blanco, pero de eso se trata, ¿no? Empezar y darse cuenta de que las palabras dibujan los límites de lo inexplorado.

fernanda.meza1@udea.edu.co

Karla Yuliana Villamizar Camargo

Mi nombre es Karla Yuliana Villamizar Camargo. Nací el 26 de agosto del 2001 en Cúcuta. Actualmente curso sexto semestre del

pregrado de Medicina en la Universidad de Antioquia, y tengo intereses por la genética y la medicina aeroespacial. Mis lecturas favoritas abarcan géneros de ciencia ficción y fantasía. Escribir para mí representa un consuelo, empapar el papel con aquello que desborda y ya no tiene lugar en el solo corazón.

karla.villamizar@udea.edu.co

Ensayo

Karen Jaramillo Osorio

Nací en Medellín un 13 de Julio de una fecha no muy distante. Soy la menor de una familia longeva y conservadora, crecí en San Jerónimo donde forjé mi carácter literario inspirándome en la naturaleza y la locura, la misma que me tiene a puertas de mi grado como médica de la Universidad de Antioquia, que me hizo creer en la magia de soñar y servir. Amante de los viajes con carácter social, de capturar historias y con mis letras poder alzar la voz por tantos que sufren en silencio, sobre todo si de temas de salud mental se trata. Soñadora incansable, aventurera, apasionada por cuidar y acompañar, humanista, bohemia y amante de un buen café.

karen.jaramilloo@udea.edu.co

Sebastián Pulgarín Fernández

Nací en Medellín el 22 de octubre de 1995, tuve una infancia muy maravillosa, desbordada de grandes experiencias desenlazadas en varias partes del mundo, lo cual produjo en mí una gran fascinación por lo extraño, lo diferente, lo tabú. En la edad adulta comencé a estudiar historia, luego ingeniería biomédica la cual no culminé, debido a que desde pequeño uno de mis más grandes anhelos fue estudiar en esta gran universidad, en la cual he podido elevar mi seducción por lo sexual y prohibido. No he sido un ávido lector

y mucho menos escritor, fue solo en esta ocasión que se dio esta oportunidad de poder expresar por medio de un ensayo lo que siempre debato en mi mente. Esto en gran parte se lo debo a un gran maestro, que me dio comunicación en primer semestre, y con su suspicacia y lealtad por el saber indujo en mí el amor por escribir. De seguro hay un gran camino por recorrer por medio de las letras.
sebastian.pulgarin1@udea.edu.co

Participantes

Cuento

Título	Seudónimo	Nombre
¿Por qué lloran los colibrís?	Anne Marie	Alúna Saldarriaga Mejía.
Versus yo	Anderson	Anderson Zuñiga Ortiz
Cuento corto de un atardecer en la universidad	H.Temporal	Andrés Felipe Arango Gaviria
Apología a la meritocracia	Mauricio de las Urbes	Andrés Mauricio Betancur Cifuentes
La Bella	Durante	Diego Alejandro Arias Alzate
La puerta	Shefu	Jophiel Sebastian Corrales Jaramillo
Otro día más y una vida menos	Alonso G	Julio César Gómez Montoya
Partículas Cósmicas	Scherezada	Karen Jaramillo Osorio
Costumbres	Ágora	Karla Yuliana Villamizar Camargo
Extraños a medianoche	Ariam	María Fernanda Meza Pacheco

Oblivium	Sally	Nataly Vergara Palacio
Se volvió un perro	Narrojo	Rosmira Marín Cardona
Víctimas y Víctimarios	Flor Casas	Sara Robledo Rengifo
Pájaros	Veritatis	Sebastián Rivera Isaza

Ensayo

Título	Seudónimo	Nombre
Sinuosidad en el fin del mundo	AFAG	Andrés Felipe Arango Gaviria
Diálogos con la Soga	Scherezada	Karen Jaramillo Osorio
Dimensiones sexuales	Eros	Sebastián Pulgarín Fernández
Errantes	El Aventurero	Sebastián Sepúlveda Montoya



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Medicina

Concurso
Literario 2021
Cuento y ensayo